

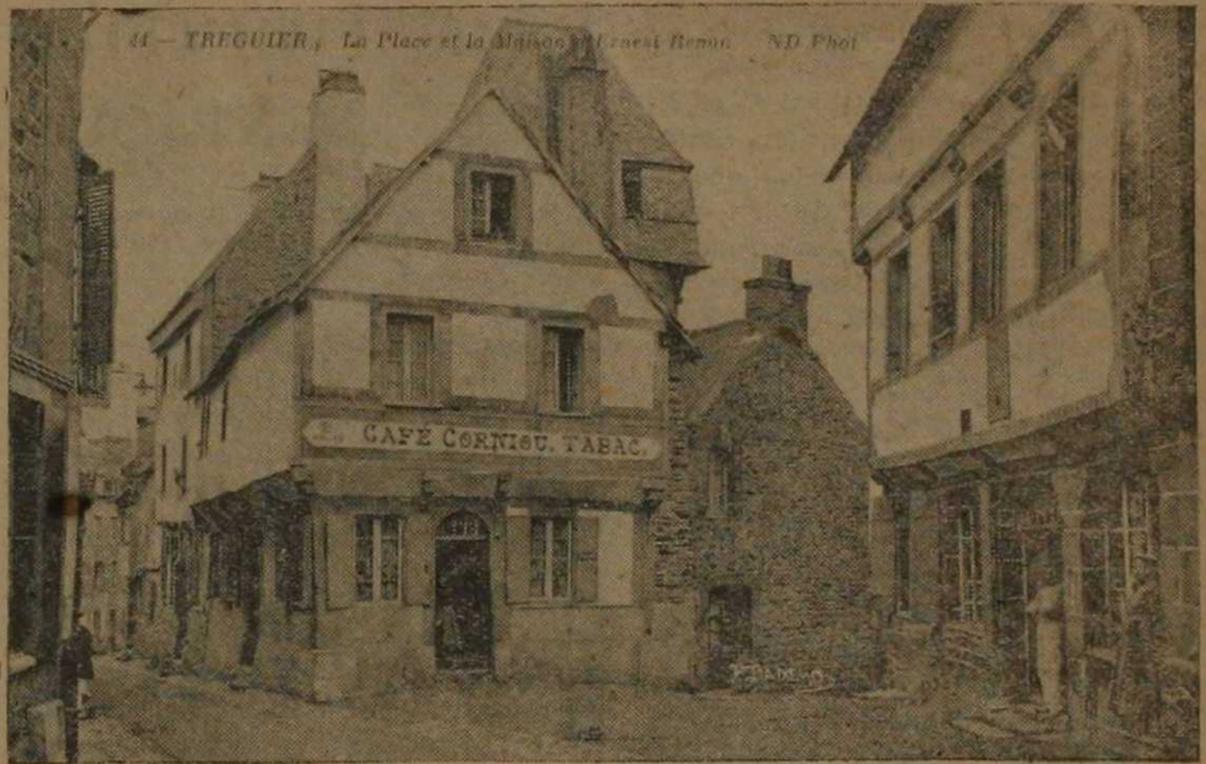
rebelación religiosa, del Jordán al Tíber, del Sinaí a los valles de la Umbría, de Galilea al lago de Genesaret.

Como francés, europeo y hombre de la cultura occidental, marchaba con el tiempo y oía la voces del presente, que se perdían en la confusión diaria como un filósofo vuelto hacia la eternidad en el oráculo de la religión, al que llegan las voces de remotos siglos en la paz de su pensamiento. Vivía con el espíritu en los sitios donde en otro tiempo habían resonado las suaves armonías de la paz no familiares ya a nuestras agitados generaciones, que desde los pobres pescadores y artesanos de Galilea había fluido como corriente dorada del paraíso hasta los grandes pintores de Italia, de cuyo pincel sagrado surgía el reino de los cielos en la tierra. Su musa, que era la compañera embriagada de belleza de la musa de Chateaubriand y de Rousseau, llegaba a tal altura, que tras la naturalidad de su estilo no se buscaba ya el arte refinado que en realidad había en él. Es preciso ser muy rico para hacer olvidar la propia riqueza a sí mismo y a los demás; se debe haber aprendido mucho para no alardear de su experiencia y asimilársela al alma; hay que ser muy libre, a fin de no vestirse con la libertad, que ser muy sabio para no llevar tras sí arrastrando su ciencia como una cadena, que ser un gran pensador para volar con el espíritu sobre las letras, un artista para moverse con el dibujo y el color sobre la materia. El dibujo de Renán triunfa sobre su color; sopla sólo el color y como rocío de la mañana cae sobre todas sus descripciones; sus figuras tienen más espíritu que carne; del reino de las sombras no hizo descender las místicas figuras de los Evangelios a la esfera de los hombres vulgares, sino que las elevó en la de los espíritus. Percibía el flúido de la religión por aquellas figuras que con su alma habían dominado de tal modo su cuerpo que hoy sólo nos aparece como ideales con contornos de forma humana. ¿Quién no ha contemplado con emoción las figuras llenas de sumisión que flotan en los cuadros de un Fra Angélico? Así se han impreso en nuestras mentes muchas imágenes sagradas que contempló el vidente Renán al mirar el pasado bíblico.

Paciente, sabio y amable como el rabí Hillel, había aguzado Renán su inteligencia en la inteligencia griega del apóstol San Pablo.

Complacidos vagamos con el escritor francés bajo las palmeras y terebintos, las higueras y almendros de Judea y soñamos con él en un reino de Dios en la tierra. Que nos lleve a las azules colinas de Moab o a los bajos de la orilla del Mar Muerto, siempre están los castos velos de la mañana y de la púrpura del crepúsculo sobre sus paisajes de la Biblia. También pintó con la misma sencillez los retratos bíblicos.

Era ya hijo del mundo cuando estaba en el seminario de Saint-Sulpice y aun era sacerdote cuando hacía mucho que había vuelto las espaldas a la teología; el sacerdote y



TREGUIER: La casa (a la derecha) en que nació Ernesto Renán

el hijo del mundo aparecían en él. Edificador y edificado, no estuvo nunca propiamente lleno de unción; llevaba la iluminación en el corazón, pero no se ufano nunca como un iluminador profesional o asalariado; tenía convicciones, aunque no instaba al lector a aceptarlas. En los últimos decenios de su vida se acogía de buen grado a la fórmula del diálogo platónico, para refutar así su propio pensamiento con más espíritu todavía con que lo defendía, y poder representarlo con más espíritu aún con que lo impugnaba. ¿Para qué superar al adversario? ¿Por qué no combatirlo? ¿Por qué descubrir las dos almas primero en el mundo y no en el propio pecho?

Era un aristócrata del espíritu y como tal amaba los grandes espíritus de todas las épocas, con quienes mantenía una relación personal, más que fantástica o de sombra. El Nazareno, el mendigo de Asís... al lado de estas augustas apariencias vagaba él en el bullicio de París, que le daba aún mayor soledad. Entre los vivos amaba más a los pobres de espíritu que a los semicultos, y también en las naturalezas elevadas buscaba y hallaba cierta sencillez que él, bretón, no había dejado nunca cuando era el muy agasajado huésped de la gran París y de las Tullerías. Estaba tan convencido de que el reino de los cielos pertenece a los pobres de espíritu, que para no sembrar letras ni cosechar mediano conocimiento, hasta habló contra la escuela obligatoria.

No podemos seguir al noble francés en ese terreno demasiado ideal, y reconocemos que la mediana instrucción, aunque es menos que la instrucción, es más que la ignorancia.

Tenía momentos en los cuales le pesaba tanto su cartera de escolar, que se elevaba sobre el fárrago de las letras al éter de un ser espiritual ligero y puro. Y sin embargo, de nuevo despierta en nosotros toda su manera de vivir la representación de un epicúreo que busca y halla las más altas delicias in-

telectuales en las formas más completas de nuestra cultura. ¿Por qué hay que separar lo uno de lo otro? ¿Por qué no se han de imaginar los inventos de Edison y Marconi en servicio del Todopoderoso? ¿Por qué no se han de llevar los ideales de los apóstoles por los hilos del telégrafo? Quizás se manifieste en la riqueza abrumadora del mundo que nos rodea, como en la persona misma de Renán, la simplicidad bíblica; quizás la suma de detalles que amenaza sumergirnos conduzca a una unidad que es demasiado elevada para contenerse en una uniformidad, y los diferentes partidos y confesiones eclesiásticas encuentren su lugar dentro del gran todo.

Renán se arraigaba con sus estudios e inclinaciones al suelo de Judea: ha sido en nuestros días el intérprete más ideal del espíritu semita en sus formas judía y cristiana. Su vocación de ser expositor del Evangelio, que es un producto del semitismo, hizo que protestara repetidas veces contra ese movimiento antisemita que es más bien un negocio bajo que un reconocimiento filosófico y más que un negocio una vergüenza. Había acompañado al pueblo judío desde el desierto a la Tierra de Promisión y desde ésta al destierro, escuchando las más elevadas declaraciones religiosas del mismo, y él, que era semita en el más alto sentido, no veía con tranquilidad que el populacho bajo la bandera del antisemitismo combatiera en favor de la ignorancia y la vileza en Francia, la tierra de la gran Revolución y de las luces. ¿Por qué hay solamente antisemitas y no antihelenos? Cuando se protesta como antisemita contra los Salmos de David y las promesas del Sermón de la Montaña, hay que protestar también y gritar en masa, como antihelenos, contra los cantos de Homero y la filosofía de Platón: ¡Abajo la religión, que es hija de Judea, y abajo las ideas que son hijas de los griegos!

¡Y qué caída sería que la iglesia, olvidán-